

Domingo 4º de Cuaresma. Ciclo B.

“*Mirar a la Cruz*”

En este “domingo de alegría” porque nos acercamos a la Pascua se nos invita de manera especial a continuar con entereza y decisión el camino de nuestra salvación. Pero para ello es necesario convertir el corazón, volver nuestra mirada hacia Cristo crucificado de donde brota la vida verdadera. Dios propone constantemente su oferta de salvación, porque quiere que todos los hombres se salven, pero deja libertad al hombre para que decida. En medio del rigor penitencial y de la austeridad de la cuaresma el cristiano vive la eucaristía dominical con un gozo sereno al saber que Dios le ama.

Dios, en la historia de la salvación, se ha distinguido por el profundo amor que tiene al hombre, por su fidelidad y por sus continuas llamadas a la conversión. El pueblo de Israel, experimentó una situación dramática: el destierro a Babilonia (1ª lectura), debido a sus muchas infidelidades según el autor sagrado. Sin embargo, el pueblo de Israel sentirá el gran amor de Dios e interpretará su liberación como una intervención salvífica del mismo Dios. Si hacemos un verdadero examen de conciencia, se posible que nos encontremos en una situación de destierro, lejos de la gracia de Dios, y quizá arrepentidos “*nos sentemos a llorar con nostalgia de Sión*” (salmo responsorial). Es necesario volver nuestra vida hacia el Dios del amor, por eso la cuaresma nos urge a apresurarnos “*con fe viva y entrega generosa, a celebrar las próximas fiestas pascuales*” (oración colecta de la misa).

Con la perspectiva de la Pascua se nos presenta el tema de **la cruz de Cristo** y los grandes temas de la historia de la salvación: la infidelidad del antiguo pueblo de Israel y la fidelidad absoluta de Dios; el pecado del mundo y el amor infinito de Dios, que por su misericordia nos ha entregado al Hijo para que el mundo se salve por Él.

Sabemos bien que el *hombre es un ser herido*. Sus llagas, sus dolores y enfermedades no tienen número. Este 4º domingo de cuaresma (domingo conocido como “*laetare*” = *alegría*) nos trae la imagen bíblica del hombre mordido por serpientes venenosas, del hombre con mucho veneno por dentro, del hombre inconformista: no está conforme con la situación actual. El arco de reflexión y de meditación de las tres lecturas bíblicas nos sitúa entre la fe y la incredulidad, entre la aceptación luminosa de Cristo o la opción oscura por el mal.

- En la 1ª lectura: los israelitas en el desierto se revelan contra Dios y sus designios –“*¿por qué nos hiciste salir de Egipto para que muramos en este desierto?*”-. El veneno de las serpientes lo llevaban ya dentro.
- San Pablo concluye diciendo que nuestra situación era de muerte: “*estando nosotros muertos por los pecados*”.

Contemplando la situación presente, hay que decir que nuestra situación actual sigue siendo tan desesperada como la de los hebreos mordidos por las serpientes. El veneno de las serpientes no se ha terminado; al contrario, parece que se produce en cantidades industriales. Andamos mordidos por la violencia, comidos por la envidia, devorados por la competitividad, agitados por las prisas, nerviosos por la insatisfacción. Vivimos divididos por la insolidaridad y el odio, drogados por el consumo, ofuscados por la incredulidad entre el querer y no poder. Es decir, siempre nos estamos lamentando de lo que nos pasa, pero no encontramos la solución a nuestros problemas o no somos capaces de afrontar los medios necesarios. Esta sociedad en la que vivimos no nos gusta, nos deja vacíos.

En la sociedad se levantan un sin número de estandartes con sus colores y con sus eslogan escritos. Unos son más llamativos y atractivos que otros. Hablan de felicidad y de poder, de dinero y de placer; no faltan los que dicen que son la verdad y engañan. Los estandartes con sus colores y eslogan están continuamente bombardeando los ojos y el corazón de los que pasan por su lado; sus ráfagas de brillante luz iluminan y ciegan a la vez. Los caminantes se paran, miran el estandarte y leen el eslogan y continúan su camino marcados por su fuerza propagandista. Su falsedad crea falsedad, confusión y vaciedad en muchos corazones. Moisés levantó un estandarte en el desierto para ser visto por aquellos que habían sido picados por la serpiente y querían ser curados (quien la mirase con fe, quedaba curado). En el monte Calvario se levanta otro estandarte, la cruz, signo de salvación para quien ha sido mordido por el pecado. Quien contempla a Cristo en la cruz con fe es curado y salvado.

El Evangelio de este domingo nos dice que si el hombre sólo no puede salvarse, Dios le ofrece su medicina y su salvación. Nos la ofrece, no nos la impone; en nosotros está el aceptarlo o rechazarla. Esa medicina es la **FE**. Y no es una salvación llovida del cielo sino que se llega a identificar con el mismo hombre.

No es necesario cavilar mucho para entender el misterio. En el desierto de nuestra vida, Cristo es la serpiente levantado en alto, en la Cruz, para que todo el que le mire con fe sea curado, “para que todo el que cree en Él tenga vida eterna”. Dios no nos salvó desde el cielo sino que asumió carne de pecado, carne débil y enferma, cargó con nuestros pecados, asumió el veneno de las serpientes, se hizo serpiente y fue puesto en el palo de la redención. Allí, la serpiente fue vencida y transformada; allí, el veneno se transformó medicina, las heridas en ríos de misericordia y de gracia: allí, todos fuimos curados. Allí, en sus llagas y en sus dolores, en su obediencia y su paciencia, en su confianza y en amor victorioso. Y hoy, *en el centro del mundo sigue crucificada la serpiente, que es paloma y es cordero, que es Hijo de Dios y es Hijo del hombre.*

Consecuencia de estas lecturas del 4º domingo de cuaresma: el inmenso amor de Dios; un Dios que es **“rico en misericordia”**, que nos da la vida **“por el gran amor con nos amó”**, que **“muestra en todos los tiempos la inmensa riqueza de su gracia”**. Descartemos definitivamente la imagen de un Dios que castiga: no más un Dios que condena sino un Dios que salva.

*La cruz es el único estandarte para el creyente;
los demás estandartes destruyen y esclavizan, llevan a la oscuridad y a la mentira.
La cruz, signo del creyente, es quien salva y redime.*

Avelino José Belenguer Calvé.
Delegado Episcopal de Liturgia.